Tú también, oh Neptuno, en fiero toro
Te transformaste, ciego idolatrando
A la hija de Eolo: y á tí oh Febo,
A pesar de tu lira y numen sacro,
Muy más casta que tú, te huyera Dafne.
Y tú, deidad impúdica de Pafos,
¿Qué no hiciste también? Y qué no hicieron
De Maya el hijo, y el beodo Baco?
Pero dejemos este cieno inmundo,
Que avergüenza y repugna examinarlo.
¿Y tales impurezas, tales monstruos
Reverenciar pudieron los romanos?
¡Oh delirios estúpidos, capaces
De chocar á un rapaz de tiernos años!
A tal extremo llega la locura
Del hombre ciego, y tarde y con trabajo
Ve la luz natural que impresa tiene
Si no le alumbra Dios.
Si fueran varios
Los dioses, ¿entre sí no reñirían,
Discordes siempre, y siempre disputando
Quién más poder tenía? Aquel que todo
No lo puede, no es Dios. Mas supongamos
Que iguales fueran: cada cual entonces
Luchando con iguales adversarios,
Fuera ora vencedor y ora vencido;
Y tal alternativa al orbe en tanto
Su ruina total ocasionara,
Cual á Troya infeliz sucedió cuando
Por Troya estaba Apolo, y contra Troya
Enfurecido combatió Vulcano.
Todo es mímica farsa, y los que hicieron
Los dioses á manera de rebaños,
Hicieron bien ridículas deidades.
Uno solo ha de ser el soberano,
Rey y autor de las cosas, por quien todo
Se rija, y á quien todo lo creado
En mar y cielo, y tierra reconozca,
Lo que hizo él sólo, él solo gobernando.
Ninguno es Dios, si hay muchos; no se sufre
Igual ó semejante: los sagrados
Altares mancha el hombre cuando adora
Ciego y supersticioso á dioses tantos.

No de otra suerte suele el marinero
Ansioso de evitar mortal estrago,
La proa dirigir inadvertido
A la encubierta punta del peñasco
Que afanoso temía, gime entonces
La abierta quilla, rotos los costados;
E insultando las olas inundantes
Del marinero mísero el engaño,
Se tragan nave y hombres todo junto.
Espíritu sublime y soberano
Es Dios, sin cuerpo alguno cual nosotros,
Que pudiera palparse con las manos
O verse con los ojos; á la mente
No es dado comprenderlo, cual no es dado
Las aguas encerrar inmensurables
En reducida concha del mar vasto,
O tocar con las manos las estrellas.
El que es, es su nombre sacrosanto;
Cuando yaciera todo lo que existe
Allá en la nada del obscuro caos,
Ya entonces existía por sí mismo:
Uno es y eterno; nunca ha comenzado
A existir, y ante todo ya existía;
Ni ha tenido principio, ni acabado
Tendrá tampoco fin. De él solamente
Cuanto existe ha salido, y con su brazo
Sostiene el universo: sin él nunca
Se arranca la hoja, ni se mueve el árbol,
Ni de nuestra cabeza un solo pelo
Caerá, si él no lo quiere. Nada extraño
Ha menester, él solo á sí se basta.
Es para con nosotros extremado
Y libre en sus bondades. Nada puede
En poder excederlo ni igualarlo,
Y siendo cual es, óptimo, uno es solo,
Pero infecundo no. Siendo increado,
Engendra al Hijo, igual en todo al Padre;
É igual también al Hijo y Padre, de ambos
Procede el Santo Espíritu.
¡Oh misterio!
¡Oh portentoso é inefable arcano!
No ser muchos, ser uno, y ser el mismo:
Es el Padre, es el Hijo, y es el Santo

Espíritu á la vez, sin que uno solo
Dejen de ser los tres. No es engendrado
El Padre; el Hijo lo es eternamente
Por su divino Padre en el simple acto
Con que á sí mismo se contempla y mira,
Y su vívida imagen es por tanto,
Y su Verbo también; su igual en todo
Y coeterno con él; y son entrambos
Omnipotentes, y con ellos esto
É igual en todo aquel que de ellos almo
Espíritu procede sin principio
Cual es principio, y bien que no engendrado
Ni tampoco Hijo, es Dios: es de uno y otro
El recíproco amor, mas no creamos
Que son tres Dioses, tres omnipotentes,
Ni tres eternos; antes al contrario,
Es solamente un Dios en tres personas,
Moderador del universo vasto.....
¿Mas cómo yo me atrevo estos misterios
A balbutir con tan impuro labio?
Los ángeles sin mancha ¡oh Trino y Uno!
En tu presencia humildes prosternados,
Sin atreverse á más, al adorarte
Sólo repiten: Santo, Santo, Santo.

* * *

Como el presente libro no es un tratado de literatura comparada, omitimos dar cuenta de las diversas obras, en verso, que se han escrito sobre Jesucristo, antes y después del Padre Abad; pero sí es propio de nuestro objeto citar los trabajos poéticos, del mismo asunto, género narrativo, escritas en México, de que tenemos noticia.

Historia Evangélica metricé compacta ex ipsis Evangelistarum verbis [*Matriti*, 1651]. Beristain atribuye esta historia á D. Luis Mendoza, Dr. y Catedrático de leyes en la Universidad de México.

Las espinas del hombre Dios, ó su pasión y muerte, en octavas castellanas (México, 1730), por el Padre Juan Carnero, sabio jesuita mexicano.

Descenso y humillación de Dios para el ascenso y exaltación del hombre (México, 1789 y reimpreso después), escrito por el famoso padre José Lucas Anaya, de quien hablamos en el capítulo X. La obra citada es un poema castellano sobre la pasión de Jesucristo, que salió á luz con el nombre del Lic. Jiménez Frías.

Poema castellano de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en cuarenta y cuatro sonetos (Guadalajara, 1796), por Fray José Rafael Pesquera. Es curioso recordar que en Francia hubo quien escribiese sobre la pasión de Jesucristo un poema con versos de una sílaba, del cual poema habla La Harpe en su *Curso de Literatura*, censurándole justamente de puerilidad.

La pasión de Nuestro Señor Jesucristo en verso castellano por José Ferrari, manuscrito citado en el *Catálogo de Bermúdez de Castro.*

A las obras citadas debe agregarse el *Poema* de Corchero Carreño, mencionado en el capítulo IV. Este poema, como los demás de que hemos hablado en el presente capítulo, exceptuando el de Abad, pertenecen á la época de la decadencia literaria.

Las mejores poesías narrativas, referentes á la Historia Evangélica, que se han escrito en México, son un poema de Ortega y algunos poemitas de Carpio de que trataremos más adelante.

Respecto á poetas mexicanos vivos, que hayan escrito sobre Jesús, nada decimos porque no entran en el plan de nuestra obra, según lo explicado en el prólogo.